

RELECTURA DE "AL FILO DEL AGUA"

POR VICTOR ADIB

Tema y estructura

La novela *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, pinta la vida mexicana en un pueblito del Estado de Jalisco dos años antes de que estallara la revolución de 1910. Se inicia con un "Acto preparatorio", admirable por sus aciertos descriptivos, en el que Yáñez nos satura del ambiente en que transcurrirán las vidas de los personajes. Las figuras de éstos aparecen por etapas o cuadros, y sin perder su individualidad, se van ligando, en la medida en que deban ligarse, unas con otras.

Puesto el ambiente, toda la obra, a partir del segundo capítulo, es un constante hurgar, sin perdón ni descanso, en las vidas de los personajes. El hilo conductor de ellas, su común denominador, es el choque de los impulsos mundanos —el sexual principalmente, como representándolos todos— con el espíritu religioso que gobierna el destino del pueblo. Esto hace la unidad de la novela, desde la primera línea ("El pueblo de mujeres enlutadas"), hasta las últimas ("Y de nuevo la obsesión de romper el orden...")

La lucha entre la carne y la vigilia, el pecado y la virtud, el ángel y el demonio, es cotidiana en todos y cada uno de los personajes: hombres y mujeres, viejos y niños, casados y solteros, sanos y enfermos. La extremada religiosidad ascética, implacable, en la que todo es un prepararse para la muerte, agobia las vidas. Yáñez penetra en la intimidad de sus personajes. Al través de los monólogos, de las noches desveladas, de las alcobas, de los confesionarios, se manifiesta la encrucijada moral en que estas gentes se debatan. La religión es círculo vicioso de sus vidas: de ella se nutre el pueblo, por ella existe y tiene sentido, para ella muere. La religión contiene las pasiones ("el pueblo subterráneo que podría estallar si los Ejercicios no lo refrenaran"), a la vez que las exalta, guarda el orden, en fin, al mismo tiempo que pone en tensión las vidas.

La ceguera de los críticos

Cuando *Al filo del agua* apareció en 1947, y durante los primeros años que siguieron, los críticos no pasaron de ver en esta obra más que un tratamiento,

bien o mejor realizado, de problemas érico-sexuales, complicados con elementos religiosos. Se apuntó, entre otras, como una de las "limitaciones" fundamentales del libro —sin advertir en modo alguno la intención importantísima que su autor ponía en ello—, la "insistencia excesiva en los temas sexuales y religiosos de los que habla siempre el novelista, de los que hablan sus personajes, por los que viven, se atormentan, sueñan y mueren". Y aun hubo quien se atrevió a afirmar, en forma categórica, que "el verdadero y único personaje real de la novela", era "el deseo sexual".

Pero, lo que nadie vio es, por una parte, que el motivo esencial del cual se derivan, como problemas secundarios, los sexuales, era la sombría conciencia religiosa a partir de la cual se desenvuelve la novela. (Sin que la acusación de dicha conciencia implique, en ab-

soluto, la menor actitud antirreligiosa por parte del autor, sino simplemente un ir al fondo y origen de las cosas.) Ni se advirtió, por otra parte, que el "insistir" en temas sexuales y religiosos no es una tanga del autor, sino la única manera posible de revelar cómo, a partir de su fondo religioso, el pueblo mexicano vivía —vive— el conflicto con el mundo.

La crítica reconoció desde un principio, con reparos o sin ellos, las grandes cualidades de *Al filo del agua* como novela. Pero es de extrañar que nadie se detenga a decirlo: *Al filo del agua* es una de las pocas, de las poquísimas novelas con que cuenta la literatura mexicana, en la que los personajes son seres de carne y hueso y no las caricaturas acartonadas habituales en nuestra novelística. En la obra de Agustín Yáñez, en esta novela dedicada a desenrañar un mundo rígido, inflexible y esclerótico, los protagonistas del drama son cabalmente humanos, y, como tales, flexibles dentro de su coraza de inflexibilidad, ágiles dentro de la parálisis del ambiente. Y es que bajo el silencio que envuelve al pueblo, hay un infierno de pasiones y apetitos que pugnan por aflorar, y que son los que Yáñez nos revela. Aquí no hay nada de

las acostumbradas tipificaciones de las novelas mexicanas, en las cuales los personajes encarnan frecuentemente una idea moral; en *Al filo del agua*, todos cumplen con Terencio.

La Revolución

De principio a fin, la novela de Yáñez se sostiene admirablemente en un poderoso arco de tensión. A cada paso nos sentimos "al filo del agua", a punto de que sobrevenga la catástrofe. No es mero accidente que el autor elija para el desarrollo de su obra precisamente los años inmediatamente anteriores a la Revolución y no otros. La novela está destinada a expresar el estado de conciencia que vivían los pueblos de México momentos antes de la Revolución.

Pero Yáñez no se ocupa en describir la situación ejidal, las restricciones políticas, el endurecimiento, en fin, del régimen de Díaz. No adopta ni una perspectiva política ni una económica, ni ninguna que signifique unilateralidad o visión externa del problema. Para Agustín Yáñez el meollo de la cuestión es la trabazón moral, interna, en que las vidas mexicanas se desgarraban. También las presiones muy íntimas de conciencia originan revoluciones: en *Al filo del agua* el arco de tensión se rompe y acaba en la Revolución de 1910.

La originalidad de Agustín Yáñez, en este sentido, consiste en adentrarnos en los orígenes de la Revolución, por medio de vivencias personales, irreductibles, de los personajes, no en relación concreta con la cosa pública, sino en pugna ciega con el mundo, la de siempre, la permanente, la anterior a las fórmulas y las doctrinas politicociales, la que viven todos por igual, la que aflora en las meditaciones de alcoba, en los confesionarios, y no la que se resuelve a voces al redactar las constituciones.

La angustia de los personajes de Yáñez, sólo tiene una puerta: la Revolución como gran oportunidad de liberarse. De liberarse de todo: de un Gobierno y un orden político, sí, pero, fundamentalmente (y eso es lo que importa a la perspectiva de Yáñez), de uno mismo, de la propia vida apretada, presionada, apretujada en moldes espirituales, morales, endurecidos: la necesidad más profunda que México tenía de Revolución.

Culmina un proceso novelístico

Con *Al filo del agua* de Agustín Yáñez culmina todo un proceso de la novela —y aun de la literatura

(Pasa a la página 24)

El empleo de las sustancias

Fixanal

"de Haën"

para el análisis volumétrico

J. D. Nidel-E. de Mañón A.-G. Berlin-Britz

ALIANZA QUIMICA MEXICANA, S. A. de C. V.

Barranca Rendón 50. México, D. F. Tels. 16-33-00 y 36-18-96

MATERIAL PARA LABORATORIOS

Somos de los que creemos en la universalidad de la poesía. Sea ella universal y verdadera y vénganle por añadidura sus necesarias subdivisiones en poesía clásica, moderna, surrealista y cuantas cosas más puedan ocurrir en su desenvolvimiento complejo.

Decimos lo anterior porque a la prosa de Ignacio Magaloni se la señala de antemano con el rubro de *americanista*; a nosotros nos satisface ante todo saber que se trata de un auténtico, de un verdadero poeta que lleva en sí mismo combustiones cósmicas y atmosféricas muy altas, en donde el milagro poético ocurre deslindado de toda pequeñez.

Su obra anterior *Oído en la tierra* presentaba la misma visión que trae el libro que comentamos, y su sintaxis y construcción del verso son las mismas. Sería muy digno de tenerse en cuenta que Ignacio Magaloni, al continuar su obra, se desligara de toda limitación e invadiera nuevos mundos para que no vaya a suceder con el lo que ha pasado con tanto y tanto poeta: que son las más de las veces magníficos, pero autores de una sola obra, de un solo pensamiento, de una sola actitud. La renovación se le impone a este poeta legítimo, y él será conquistador con fuerza y amplitud. Es, ante todo, como arriba decimos, un gran poeta.—G. P. G.

ULTIMAS NOVEDADES DE LA EDITORIAL "JUS", S.A.

RETRATOS DE MONJAS por Josefina Mariel de la Torre y Manuel Romero de Terreros. Un hermoso libro en el cual figura un meritorio estudio sobre este tema, escrito por la señorita Josefina Mariel de la Torre, Doctora en Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y Miembro de la Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, y una colección de 54 retratos que son una reveladora manifestación artística de la peculiar pintura virreinal en los siglos del colonial español en la Nueva España. Mide 27.5 x 21.5 cms. Ejemplar \$50.00.

NOSTROS LOS MUERTOS por Carlos H. de la Peña. Novela poe-mática cargada de realismo. Expresión desahogada de un hombre que, recluso en el penal del Pacífico por sus numerosos delitos y afectado a las drogas y dentro de un medio hostil, quiere llegar a la verdad y a la honradez. 318 págs. Mide 17.5 x 12 cms. Su precio popular es de \$4.00.

NOCIÓN JURÍDICA DEL DELITO por Ignacio Villalobos, profesor de Derecho Penal en el Instituto de la Nacional Autónoma de México. Mide 23 x 16.5 cms. 177 págs. Su precio es de \$15.00 ejemplar. Interesantísimo estudio jurídico sobre el delito hecho por uno de los más insignes penalistas de México.

Pídanse en su Librería o a la EDITORIAL "JUS", S. A.
Méjia 19, México, D. F.
Tels: 18-33-34 y 38-24-00.

W. H. Hudson . . .

(Viene de la página 39)

del mundo visible, adquirió el poder de proyectar su propio yo sobre la naturaleza y de percibirla íntimamente. William James, el filósofo, habló de la potestad de convertir el neutro y descolorido "lo", del universo, en un "tú" vivo y palpitante. Eso fue lo que hizo Hudson, que, si bien no llegó a ser un escritor popular, no hay duda de que fue un gran escritor.

Hubo, en el autor a que nos referimos, algo de extraño e inexplicable. Por una parte, no debía nada a la civilización moderna. Los modos y maneras de ésta, sus problemas y ambiciones, su pérdida de contacto con la naturaleza, sus preocupaciones urbanas e industriales no encontraban eco alguno en aquél. Hudson no estaba interesado siquiera en la agricultura ni en aquella domesticación de la naturaleza representada por la ganadería o la avicultura. Nada tiene en contra de esta afirmación el hecho de que escribiera con tan cálido afecto acerca del pastor Caleb Bawcombe —en la obra antes citada—, porque tal personaje se aparta del que labra y siembra y cosecha, perteneciendo al reino de la naturaleza silvestre, que es el propio del escritor. En esa actitud, Hudson hubo poco de base teórica, aunque en algunos casos, como en *The Purple Land*, se entrevea ésta; la aversión por lo refinado, lo supercivilizado y, particularmente, por la mecanización del hombre fue algo substancial en él. Y el hombre que no retenía algo de la infancia no entraba en el reino del interés y del afecto de Hudson.

En *The Hudson Antology (Antología de Hudson)* de Edward Garnett, obra publicada en 1924, aparecieron, por primera vez, las selecciones de *Far Away* y *Long Ago* (autobiografía de los años mozos de Hudson, en las pampas sudamericanas), libro escrito en 1918, cuando Hudson tenía ya 80 años. La obra nos presenta un nuevo aspecto de este escritor: su milagrosa memoria retentiva. Enfermo, en cama, apareció en su mente el recuerdo de los distantes años, con una lucidez, un detalle y una integridad como si se tratase de cosas del día anterior. En otra parte escribió que podía recordar las notas de llamada, los gritos de alarma y las canciones de cerca de 200 variedades de pájaros argentinos y patagones, cincuenta años después de haberlos oído. Sin duda, esa envidiable fa-

cultad se debía, en parte, a la robustez de sus emociones, y, en parte, a la excepcional agudeza de sus sentidos. Pero se debió también a la ininterrumpida afinidad entre el muchacho y el hombre, nueva indicación, quizás, del hecho de que la sensibilidad artística fue el más poderoso de los elementos constitutivos de este hombre extraordinario. Todo esto revela asimismo que, si bien los temas tratados estaban en relación con las investigaciones científicas, Hudson no fue fundamentalmente un hombre de ciencia. En realidad, solía decir que "especializarse es perder el alma". Hudson enriqueció los conocimientos científicos, pero no miró la naturaleza con espíritu científico; estuvo mucho más cerca de hacerlo como Henry Vaughan, el poeta del siglo xvii, que vivió en la naturaleza "un tañido de campanas y una sinfonía" que unificaban a todos los seres de la creación.

Tuvo siempre Hudson brillantes dotes de imaginación. En unos casos, nos presenta paisajes naturales como si fueran grandes figuras mitológicas. En *Hampshire Days*, hay un maravilloso pasaje en que el autor, sentado a descansar junto a un túmulo de la Edad de Bronce, tiene, de pronto, la visión de unos hombres prehistóricos que lo rodean y dirigen "la furiosa mirada de sus pálidros rostros" contra la civilización que los ha suplantado y ha traído la destrucción para tantas de las criaturas terrestres. Fué un gran amante de la soledad, como el mejor medio de comunión con la vida de la naturaleza. En uno de sus más be-

los libros, *Idle Days in Patagonia*, escribió:

"Agreste y solitaria y remota parecía aquella vasta extensión de terreno, no cultivado, prolongada hasta lo infinito, un yermo jamás hollado por la pisada del hombre y en el que los animales salvajes son tan escasos que no han marcado, en las malezas, ningún sendero apreciable. Allí pudiera yo haber caído y muerto, y mi carne hubiera sido devorada por las aves, y mis huesos blanqueados por el sol, y nadie los hubiera encontrado, y se habría llegado a olvidar que un jinete había cabalgado por la mañana y no había retornado por la noche."

No comprenderemos ese párrafo, a menos que nos demos cuenta de que ese yermo gris, sin color, sin matices, sin animación, era más apreciado para Hudson que las escenas más alegres y pobladas de la naturaleza. No podemos explicar el hecho de esa preferencia; hemos de aceptarlo, como otro testimonio de la singularidad del más sin par de los escritores de historia natural que han existido.

Pero no debemos apartarnos de Hudson porque sea distinto de nosotros. La mayor parte de los hombres geniales desfilan por el mundo como figuras solitarias, pero todos ellos tienen que decirnos algo de trascendental importancia. Nadie ha interpretado la naturaleza como Hudson lo ha hecho, y ningún escritor ha presentado su propio espíritu tan persuasivamente y con una sencillez tan cautivadora, en una prosa que, una y otra vez, alcanza las alturas de la poesía.

Relectura de . . .

(Viene de la página 9)

en general, ¿por qué no?— mexicana. Hasta antes del siglo xx, nuestra novela no pasó de ser obra descriptiva, en la que a lo más se llegaba a caracterizar ciertos tipos, pintar algunas costumbres y destacar rasgos particulares de México (sin que eso impidiera lograr modelos en el género). A principios del xx, con el fognazo revolucionario, cambió la actitud de los escritores. Mariano Azuela sería el primero y el más importante entre los que adoptarían otra perspectiva radicalmente distinta a la de sus predecesores. En las obras de Azuela, en *Los de abajo* que tanto hace a nuestro propósito, encontramos ya no sólo la descripción o la caracterización, sino un principio de análisis que va más allá de lo puramente cos-

tumbrista. Años después, Martín Luis Guzmán capta de un golpe, en *La sombra del caudillo*, todo un sentido en la vida mexicana, manifiesto en la situación política que Guzmán analiza.

Pero hubo que esperar a casi completar el medio siglo para que, correspondiendo a la consolidación de los gobiernos revolucionarios, apareciera *Al filo del agua*, novela en la que ya no sólo se iba a describir, analizar o dar sentido, sino en la que su autor, de modo expreso e intencionado, planteaba, por vez primera en nuestra literatura, el problema de conciencia. Azuela y, sobre todo, Martín Luis, habían logrado trazar actividades mexicanas fuera de lo pintoresco o costumbrista; pero ninguno de ellos se internó en la difícil complejidad de la conciencia, para desentrañarla y revelarla. Hacerlo ha sido el mayor mérito de Agustín Yáñez.